

Homenaje a Mario de la Cueva

ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

1. Mario de la Cueva es uno de los universitarios más devotos y, como ser humano, más íntegros que ha tenido la Universidad Nacional Autónoma de México: igual como estudiante, que como profesor, lo mismo como director de la Facultad, que como rector. Por tanto, aunque ya hay un circuito vial con su nombre, merecería que alguno de sus institutos perpetuara su memoria, para que los universitarios tuvieran al maestro De la Cueva siempre presente.

Dicho lo anterior, permítanme ustedes contarles una pequeña historia que me atañe y que tiene que ver con el maestro De la Cueva. Sé que, a veces, las pequeñas historias dicen más, en su brevedad, que muchas palabras. En esto sigo al poeta José Benjamín que decía: “como soy sujeto soy subjetivo; si fuera objeto sería objetivo”.

2. Había yo terminado mi tesis para optar por la licenciatura en Derecho. Naturalmente, tuve muchas dudas y vacilaciones antes de elegir el tema de la misma. ¿Por qué razón? Porque dos libros, extraordinarios ambos —como luego lo harían las novelas de Malraux—, me habían impresionado vivamente en mi etapa formativa: uno fue *L'homme révolté*, de Albert Camus; el otro, *El proceso*, de Franz Kafka. Tuve entonces la peregrina idea de escribir mi tesis sobre *El proceso* que, pensaba, tendría que ser más una reflexión sobre la

novela que sobre el Derecho procesal, indispensable, sin embargo, para que el texto pudiera justificarse en la Facultad de Derecho. Pero el proceso del que habla la novela es la vida, y ¿cómo, me pregunto, un muchacho que empieza a vivir, puede hablar con provecho de la existencia? *Primum vivere, deinde filosofare*: Primero vivir, luego filosofar, reza el dicho clásico.

3. Ahora bien, don Manuel Pedroso, que fue uno de los maestros que más influyó en mi generación y que a tantos orientó no solo en la Teoría del Estado o en el Derecho Internacional sino en los caminos de la vida, me persuadió de que mi idea de escribir la tesis sobre *El Proceso* era un despropósito. Era preferible, por tanto, dadas mis tendencias y mi gusto por la política, analizar Los manuscritos económicos-filosóficos de 1844, y las obras de juventud de Marx —entonces poco conocidas en español—, en las que estaba esbozado lo que después el historiador, filósofo y economista Karl Marx desarrollaría en sus obras de madurez. Pero en las que se notaba, también, la enorme influencia hegeliana y de Ludwig Feuerbach, el “Ortega alemán”, como gustaba llamarlo Emilio Uranga, el proyecto de genio, como lo había calificado don José Gaos en alguna de sus cátedras.

4. En consecuencia, la sugestión de don Manuel Pedroso me pareció absolutamente entendible y puse manos a la obra. Creo que el maestro De la Cueva había invertido su año sabático en viajar por Europa para ojear librerías y que pasó algún tiempo en París cuyos centros educativos y compañías editoriales, por entonces ¿por el existencialismo, por la influencia de Sartre o por el espíritu del tiempo? trabajaban e investigaban, cada día con mayor interés y desde todos los ángulos y tendencias, la vida y obra de Marx. Naturalmente, el maestro De la Cueva, abierto como estaba siempre a lo que ocurría en el mundo, se interesó en las corrientes intelectuales francesas y regresó a México cargado de libros y de interés por el tema.

5. Durante la década de los 50, trabajaba yo por las mañanas en el Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica, como secretario de *El Trimestre Económico*, y leyendo y corrigiendo libros de ciencias sociales; y por las tardes traducía y leía todo lo que tenía (y

lo que no tenía) que ver con mi tesis y visitaba, cuando menos una vez a la semana, la Librairie Française que dirigía —la encantadora, y por inteligente y atractiva más encantadora todavía— Huguette Balzola en cuyo despacho, los asiduos formábamos una peña y nos manteníamos, como buenos afrancesados, al tanto de las cosas de Francia. En esas reuniones, o en los cocteles del Fondo de Cultura, conversaba yo con el maestro De la Cueva, con don Manuel Pedroso, con Jesús Reyes Heróles, con Octavio Paz... por entonces habré platicado con el maestro De la Cueva del ensayo —como le llamaba yo a mi tesis— sobre los manuscritos de Marx y, ciertamente, el maestro se interesó por mi trabajo así que, en adelante, cada vez que nos encontrábamos Mario de la Cueva preguntaba por el avance de mi escrito.

6. Llegado el momento de la verdad hubo que pensar en quienes debían integrar el jurado del examen profesional. Pronto brotaron los nombres, de acuerdo con los temas que se trataban en la tesis, y por las simpatías intelectuales de don Manuel y las mías. Como en la disertación se exponía la *Crítica a la religión* de Feuerbach, se invitó al licenciado Kuri Breña para que hubiese discusión; a Jesús Reyes Heróles, entonces profesor de Teoría del Estado, que conocía bien la filosofía política de Hegel y de Marx; al sociólogo Horacio Labastida —a cuya amistad debía yo mi relación con Joaquín Díez Canedo y Arnaldo Orfila del Fondo de Cultura—, por la crítica marxista a la sociedad; a Francisco Porrúa también catedrático de Teoría del Estado, y como sinodal suplente, invitamos al joven profesor Néstor de Buen, que entonces cubría la cátedra de Economía Política, por los temas económicos de los “manuscritos de 1844”. Néstor, a fin de cuentas, sustituyó al licenciado Kuri Breña, quien se excusó de participar en el examen, por algún otro compromiso surgido de improviso.

7. Ahora bien, se preguntarán ustedes ¿qué tiene que ver en todo esto el maestro De la Cueva? Pues, nada más y nada menos que, si Mario de la Cueva hubiera sido sinodal, habría presidido el jurado, por su *status* de ex director de la Facultad y de ex rector de la Universidad, y entonces mi querido don Manuel habría debido vicepresidir el

jurado, cuando el había dirigido y dialogado a menudo conmigo sobre los temas de la tesis. Por esta razón, don Mario de la Cueva no figuró en mi examen profesional aunque, desde ese momento, y eso fue mucho mejor, me hice amigo del Maestro de la Cueva, a quien frecuenté desde entonces —porque yo mismo estaba en la Universidad—, lo mismo como abogado general que como coordinador de Humanidades.

A propósito, durante la huelga de 1966, en la última reunión del Colegio de Directores que presidió el doctor Chávez durante su rectorado, los huelguistas de Derecho tomaron con violencia su edificio de la Rectoría e irrumpieron en el espacio donde sesionábamos, exigiendo la renuncia del rector Magnífico. El Colegio de Directores tomó entonces la decisión de que don Mario de la Cueva y yo, a la sazón director de Ciencias Políticas, dialogáramos con la multitud para hacerles ver que una renuncia forzada no era válida. Naturalmente nuestras razones cayeron en el vacío. A fin de cuentas, hubimos de renunciar todos los directores de la Universidad, en solidaridad con el rector, para que el ilustre Ignacio Chávez no fuera vejado por la turbamulta.

Pero eso es otra historia que ya he contado, en parte, en los *Testimonios sobre el maestro de la Cueva* que publicó Porrúa en 1982, cuando uno de sus más aventajados discípulos —que hoy está entre nosotros— llegó a la Presidencia de la República.